



EL DERRUMBE. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA REPÚBLICA EN CATALUÑA (FEBRERO DE 1939)

Francesc Vilanova

El 26 de enero de 1939 Barcelona caía en manos de las tropas franquistas. Para unos, se trataba de la «liberación»; para otros muchos, empezaba la ocupación de la ciudad y de sus vidas. La última capital política de la República, que había acogido a los gobiernos republicano, vasco y catalán, se había perdido. Todos aquellos que representaban algo en el sistema político, cultural, sindical de la Segunda República española, en la administración, en el espacio público, civil y militar, de los «años republicanos», habían emprendido la marcha hacia el norte, el Alt Empordà y la frontera con Francia. Los ocupantes —o «libertadores», según el punto de vista— ordenaron el cierre de la ciudad, prácticamente implantaron un estado de sitio y de guerra limitado al contorno urbano de la capital catalana. Aún había guerra en el territorio catalán y era imprescindible un control total de la situación y de los habitantes de aquella tierra irredenta que tantos quebraderos de cabeza había provocado desde, prácticamente, finales del siglo XIX.

Dos días más tarde, empezó a circular el primer ejemplar del principal periódico del país, *La Vanguardia*, ahora rebautizada como *La Vanguardia Española*, en un formato reducido, debido a la falta de papel, pero preñado de contenidos altamente significativos. En la página 2, el periódico presentaba el «Bando del General Jefe de los Servicios de Ocupación» y destacaba, en el

titular, la parte central del mensaje del general Eliseo Álvarez Arenas: «Cataluña siente a España y a la unidad española, pese a la maldad de algunos y a los errores de muchos». A la derecha, una nota recordaba a los lectores que la guerra continuaba en Cataluña y que el trabajo aún no había terminado:¹

Sin perjuicio de dar en los días sucesivos una más amplia información sobre la huida de los dirigentes rojos en Cataluña, podemos anunciar hoy que los más altos elementos responsables de la tragedia que sufre hoy España no han traspuesto aún la frontera del Pirineo.

La impresión general es que el «Gobierno de la Generalidad» ha establecido un cuartel general en Olot. Desde luego, será por pocos días. Los elementos del «Gobierno Negrín» han repartido al parecer los «ministerios» entre Gerona, Figueras, Besalú y el magnífico palacio que posee en Perelada el actual alcalde de Barcelona, señor Mateu.

Todo este último esfuerzo para prolongar la agonía de una situación que no ha ofrecido nunca dudas, es una responsabilidad más que añadir a los tremendos instintos criminales de que han dado prueba Companys, Negrín, Azaña, los comunistas y los anarquistas. El pueblo catalán conservará una memoria perenne de estos gerifaltes.

Aquel mismo día, en el castillo de Sant Ferran, en Figueras (capital de l'Alt Empordà y, casi de hecho, de la República errante de los primeros



días de febrero), el presidente del Gobierno, el doctor Juan Negrín afirmaba:

No os dejéis descorazonar por las desgracias. Sea vuestro temple el del acero. Vendrán días mejores, en los que habremos de recordar orgullosos nuestros comportamientos en la adversidad.²

Era un contraste brutal con la realidad más inmediata: el Estado republicano, o lo que quedaba de él, estaba literalmente desperdigado por las pequeñas localidades de la comarca: Roses, Agullana, La Vajol, Vilafant, Perelada, etc. Con las instituciones catalanas pasaba prácticamente lo mismo: los parlamentarios circulaban sin orden ni concierto entre Girona y Olot, sin saber demasiado qué hacer y a dónde ir. Estaban furiosos con el president Companys y los consejeros del Gobierno catalán, porque se consideraban abandonados.³ Muchos años después, Carles Pi i Sunyer aún recordaba las escenas de Olot con auténtico dolor: «Quina pena que feia! Era quelcom que s'esfilagarsava; la ruïna d'una obra treballosament acomplerta».⁴

Miles de soldados y civiles se amontonaban en las carreteras que se dirigían hacia el norte. Girona y Figueres estaban colapsadas y sin capacidad para recibir más refugiados. Era un caos completo, en el que se mezclaban las acciones bélicas —aunque pareciera lo contrario, la guerra no había terminado—, con bombardeos sobre la población civil, ataques más o menos dispersos, la captura de soldados republicanos, etc., con las penalidades de los desplazados y los últimos actos de violencia y represión llevados a cabo por contingentes policiales y militares en retirada. Entre ellos, y quizá el más conocido, la expedición de prisioneros del castillo de Montjuïc, de Barcelona, al santuario de la Mare de Déu del Collell. De allí fueron separados una cincuentena de prisioneros y llevados a un bosque cercano, donde fueron ejecutados por los soldados que les vigilaban; sólo sobrevivieron dos prisioneros. Unos días más tarde de la matanza del Collell, el 2 de febrero, otro grupo de trece detenidos fue asesinado en La Tallada.⁵

Eran dos ejemplos sangrientos del desorden que se había instalado en la retaguardia, y de la furia y el odio que se respiraba entre algunos de los grupos de combatientes que se retiraban. Lo que quedaba del Estado republicano no tenía medios ni recursos para poder controlar este tipo de situaciones.

Odio, desprecio y furia también se respiraban en Barcelona, entre las fuerzas civiles y militares vencedoras. Las nuevas autoridades, los nuevos intelectuales de la situación —la mayoría de ellos periodistas a punto de dar el salto a «intelectuales orgánicos» del franquismo en Cataluña—, esperaban con ansiedad mal disimulada el derrumbe de lo que llamaban «la pequeña zona roja». Leer un periódico tan importante como *La Vanguardia Española* de estas jornadas es una aventura apasionante para hacer un seguimiento de los últimos días de la República en territorio catalán.⁶ Tomemos como punto de partida el 29 de enero, domingo, un buen día para leer el periódico, aunque la mayoría de ciudadanos de Barcelona tenían asuntos más graves por resolver.

Domingo, 29 de enero de 1939

LA PEQUEÑA ZONA ROJA⁷

- LA AGONÍA DEL DOMINIO ROJO EN EL NORTE DE CATALUÑA PRESENTA CARACTERES ALUCINANTES. Los diplomáticos acreditados cerca del «Comité rojo» se instalan en Francia. ¿Ha llegado Azaña a Marsella? Las caravanas de fugitivos forzosos se arrastran por las carreteras. Grupos de milicianos han pasado ya la frontera.
- EL TRÁNSITO DE FUGITIVOS A FRANCIA
- **BARCELONA Y LOS TERRITORIOS PROGRESIVAMENTE OCUPADOS**
- De San Sebastián a Barcelona. ¡Catalanes! ¡No olvidemos la lección terrible!⁸
- La normalización es ritmo acelerado.

- LA COSTRA REPELENTE. Por higiene y decoro: ¡fuera esos carteles!

Para un ciudadano de Barcelona que, sometido al Régimen Especial de Ocupación del general Álvarez Arenas, sabía que no podía salir de los límites de la ciudad —ni tampoco era aconsejable—, lo que filtraba la poca prensa autorizada era la única información de que disponía para seguir el fin de la guerra en el territorio catalán. Era en estos periódicos en los que podía informarse (?):

Esta mañana, además de un centenar de vehículos, abarrotados materialmente de carne humana, circula por la carretera, en demanda de la frontera, un verdadero río constituido por personas que llevan a cuestas su pobre ajuar y los más diversos objetos. Este río humano ocupa varios kilómetros de extensión. Millares de mujeres, niños de todas las edades y ancianos, avanzan penosamente dentro del desorden mayor que se puede imaginar.

Según declaración de persona que puede saber la acosas [sic], los dirigentes del Gobierno rojo se hacen la ilusión de poner en condiciones de actuar diversos departamentos ministeriales, que se hallan esparcidos hoy por el país que aun dominan...

Más adelante, el lector podía ampliar la información sobre esta «carne humana» que andaba perdida por el norte de Cataluña:

La noticias que llegan de Figueras y Gerona coinciden en afirmar que ha aumentado más la confusión reinante en la pequeña zona roja que queda en Cataluña. En las dos ciudades indicadas ha aumentado considerablemente en el transcurso de las últimas 24 horas la afluencia de fugitivos, creando grandes dificultades para el alojamiento. Todos los cafés, cines y salas de espectáculos, en general, han sido convertidos en lugares de albergue, donde los soldados, las mujeres, niños y ancianos esperan ansiosamente que termine la aventura que se les hace sufrir.

Los llamados ministerios de Defensa Nacional, Presidencia del Consejo y ministerio de Estado, así como algún otro «departamento ministerial» de importancia, han podido ser instalados con

más o menos dificultades, pero los departamentos secundarios no han podido resolver el problema, alojándose en pequeños pisos de los que se ha lanzado a sus habitantes...

[...] Todas las personas que logran atravesar la frontera explican que la confusión es tan grande que es imposible reorganizar ninguno de los servicios militares rojos. La población espera ansiosamente la llegada liberadora del Ejército Nacional.

Las pautas informativas e interpretativas ya estaban marcadas y, desde aquel momento, era cuestión de seguir la evolución de los acontecimientos siempre a través del filtro establecido por las autoridades franquistas —mediante la censura y las consignas oficiales— y sus más directos colaboradores —propietarios, directores, reporteros, analistas, etc.— sobre el terreno.

Lunes, 30 de enero de 1939

LA PEQUEÑA ZONA ROJA

- AGONÍA DE LA GUERRA. La huida de los rojos derrotados toma caracteres de un enorme desastre. Aún intentan los dirigentes maquinaciones en Francia. Declaraciones de un agregado a la Embajada británica. El número de refugiados en la frontera francesa aumenta por momentos. El *Paris Midi* declara que toda resistencia roja será inútil.

BARCELONA Y LOS TERRITORIOS PROGRESIVAMENTE OCUPADOS

- El sentimiento de hermandad hacia Barcelona.
- Idolatrías populares, derrumbadas. El boxeador Gironés, martirizador oficial.

Sin ningún género de duda, la lenta y terrible agonía de la Cataluña roja-separatista y la República marxista y revolucionaria tenía un valor informativo de primera categoría. Pero no sólo se trataba de contemplar la ocupación final del territorio y la desaparición —ahora sí, definitiva— de la República, lo que podríamos llamar el final de la excepcionalidad y el principio de

la normalización, pasar del «Ha llegado España» a una «Cataluña recuperada para España», todo ello contado por «reporteros de guerra», del tipo Fernando Ors. También era necesario hacer hincapié en el desastre humanitario que estaba empezando a crecer en el lado francés. Por ejemplo, explicaba el corresponsal de *Paris-Soir* en la zona:

la nieve hace intransitable el camino a estos desgraciados, calzados con alpargatas simplemente, y nuestros guardias móviles han tenido que socorrer a las caravanas que, a pesar del mal tiempo, se arriesgaron dejando algunos cadáveres entre los hielos...⁹

Pero también iban ganando terreno y espacio mediático las noticias políticas. Así, el lector barcelonés podía enterarse de que Julio Álvarez del Vayo estaba en París intentando que las autoridades francesas permitiesen el paso de 160.000 refugiados, o que «Modesto acusa de la derrota al general Rojo, a quien califica de inepto». Del conjunto destacaban algunas perlas notables. Una de ellas se refería a algunos refugiados en Perpinyà, que destacaban por ser gente de buena posición. Por contra, «a quienes no les dejan pasar es a los milicianos y a los que no llevan las maletas cargadas con los productos de sus robos». Precisamente, esta nota enlazaba con una información anterior, de más largo recorrido y, digamos, más reflexiva, «El despojo efectuado por los rojos»:

Constantemente atraviesan la frontera franco-española gran número de camiones conteniendo cuadros, muebles, etc., producto de robos cometidos por los dirigentes rojos, y con cuya venta se proponen reunir un capital que les permita vivir con lujo en el extranjero. Estas expediciones son las iniciales de los despojos realizados, porque, a no dudar, seguirán otras nuevas. Se sabe, además, que todo lo que no pueden trasladar al extranjero se proponen destruirlo, teniendo en proyecto hacer lo mismo con los Bancos que están en su poder. Las noticias que hacen circular en relación con una resistencia a todo trance no son más que una manera de ganar tiempo para exportar cuan-

to tenga un valor cotizable, ya que, en realidad, durante estos últimos días ha desaparecido la satisfacción que exteriorizaban ante el anuncio de una decidida ayuda por parte de Francia.

Tan es así, que muchas familias de ministros y responsables no ocultan su decisión de trasladarse a América después de la caída de Barcelona.

Cada día que pasaba, los argumentos eran más elaborados y se ornaban con nuevos detalles. La combinación de noticias de diferente naturaleza (desde la situación de los refugiados hasta los robos de los rojos) dibujaba un panorama cada vez más interesante.

Martes, 31 de enero de 1939

LA PEQUEÑA ZONA ROJA

- Mientras se derrumba el frente rojo, los cabecillas pelean entre sí por ganar la frontera francesa. El «teniente coronel» Vivanco se apoderó de Puigcerdá por medio de un golpe de mano.¹⁰ Desesperada situación de los fugitivos marxistas.

BARCELONA Y LOS TERRITORIOS PROGRESIVAMENTE OCUPADOS

- Comité de moneda extranjera. Burgos
- Palabras pronunciadas en *Radio Nacional* (Cataluña) por el Secretario Nacional de Organizaciones Juveniles.
- Banco de España. Barcelona. Canje de billetes.
- En el Ministerio de Justicia del «Gobierno» rojo son hallados los equipajes de los dirigentes huidos y la correspondencia particular de éstos.

En una demostración de eficiencia informativa —e iniciando una práctica que, posteriormente, sería muy habitual—, aquel 31 de enero *La Vanguardia Española* se hacía eco de un comentario del periódico alemán *Deutsche Diplomatschaund Politische Korrespondenz*, en donde aparecían algu-

nos de los argumentos esenciales que el discurso franquista destilaría en los meses posteriores acerca de los exiliados:

[...] afirma que éstos son de dos clases, preguntándose si el Gobierno francés va a dar hospitalidad «a personas que se han hecho culpables de innumerables crímenes cometidos contra la indefensa población de Cataluña». Dicho periódico pone de relieve que, precisamente, estos criminales han sido los primeros en pasar la frontera, mientras dejan que unos pocos soldados, engañados y desorganizados, les cubran la retirada.

Día tras día obtenemos nuevos detalles sobre los crímenes cometidos por estos hombres; el Gobierno nacional español tiene abundancia de pruebas contra ellos. Será interesante ver si los elementos del Frente Popular francés tienen la osadía de pedir que se conceda el derecho de asilo político a estos criminales de derecho común.¹¹

El 31 de enero y los primeros días de febrero estuvieron dominados por otro tipo de información: la progresiva «normalización» del territorio ocupado; algo mucho más interesante, según los criterios informativos franquistas, que la larga y absurda agonía de los rojos. Una buena crónica sobre «la capital conquistada y convencida»,¹² o los «descubrimientos» de las supuestas checas utilizadas por el SIM contra los «quintacolumnistas» u otros héroes de la retaguardia republicana, exigían un espacio informativo amplio y generoso. Las noticias sobre los desastres y las desgracias de «la pequeña zona roja» podían esperar un poco, aunque siempre quedaba un rincón para recordar: «La descomposición reinante en la zona roja reviste caracteres de verdadera catástrofe. A pesar de las medidas de control que han sido adoptadas, nutridos grupos de milicianos rojos atraviesan la frontera francesa en precipitada fuga».

Durante la primera semana de febrero, el ejército franquista fue avanzando metódicamente por el territorio catalán. El día 1, los republicanos habían conseguido improvisar un

centro de operaciones políticas y militares, relativamente limitado, en el castillo de Sant Ferran, en Figueres. El consejero Pi i Sunyer, que lo visitó en varias ocasiones en aquellos días, lo recordaba como un buen sitio para instalar los restos del Estado republicano,

però la manera improvisada amb què havia hagut de fer-se la instal·lació dels serveis administratius de l'Estat es traslluïa en una confusió sobreposada que desentonava de la sòbria simplicitat del marc. A l'entorn del gran pati central, a les casernes, quadres i dipòsits s'hi havia muntat a correuita departaments i oficines. A les portes que donaven al pati un senzill cartell feia saber el ministeri o servei que s'hi havia instal·lat. En una atmosfera d'improvisació precària, passant-hi, hom en treia la impressió que els afers no marxaven. I per què haurien de marxar? Era una aparença d'organització estatal, buidada per dintre, i de la qual només restava la carcassa.¹³

El responsable de esta «carcassa» era Julián Zugazagoitia, militante socialista, Secretario General del ministerio de Defensa y hombre de confianza del doctor Negrín. Había llegado al castillo cuando el presidente del Gobierno le ordenó la evacuación de Barcelona y se encontró con un recinto con el

aspecto perezoso y aburrido de los días normales. No había comenzado en él el tráfigo extraordinario, desordenado y demencial que se le venía encima. Recio de construcción, amplísimo, toleraba perfectamente en su interior la instalación del menguado aparato estatal. En el edificio principal de la plaza de armas, el gobernador del castillo, un viejecito somnoliento, con trazas de hidalgo friolero, las manos en la pelliza, fue indicándome las habitaciones en que podíamos establecer la secretaría. Aceptada la propuesta, hubo que desalojar a las familias de los militares que vivían allí, quienes nos hicieron conocer su despecho llevándose la instalación eléctrica...¹⁴

Lentamente, fue organizándose un simulacro de centro de gestión política y militar, donde convergían funcionarios, cargos públicos y personal militar. Las cajas de papeles y archivado-

res convivían en el espacio requisado con otros bultos, cuidadosamente empaquetados, que podían contener cualquier cosa: dinero, joyas, documentos o material de oficina. Era una buena imagen del derrumbe republicano.

La ciudad de Figueres no andaba mucho mejor. Zugazagoitia la describió como «un inmenso campamento cívico-militar», lleno de una «humanidad doliente» que se expandía por todos los rincones de la ciudad:

Los servicios sociales intentaban resolver el problema a tanta criatura desamparada. La Intendencia general, que disponía de víveres, montó varios comedores colectivos. Se transformaron las salas públicas, los cafés, los círculos políticos y cuantos locales lo consentían, en dormitorios. Peor que la promiscuidad era el frío de la noche. Quienes no conseguían plaza en los improvisados albergues se refugiaban en las escaleras y los portales de las casas. Así y todo, eran muchos los que se tenían que apretar a las paredes, arropados hasta la cabeza con mantas militares...¹⁵

En la noche del día I se había convocado una sesión de las Cortes republicanas; sería la última que se celebraría en suelo español antes de la partida al exilio de la clase política republicana. La sala para la reunión era una «caballeriza», narraría tiempo después Zugazagoitia, «en un ambiente fosc, tèntric», según Carles Pi i Sunyer, que asistió como observador a la ceremonia.¹⁶ Julián Zugazagoitia hablaría de una especie de «ceremonia religiosa y entrañable de una secta perseguida», y proseguía:

Por entre los arcos rebotaban los ecos de las palabras de Negrín, cargadas de agudo sentimiento de responsabilidad y calentadas por los últimos tizones de una fe que agonizaba, rudamente alcançada por la adversidad.¹⁷

Menos lírico, pero más preciso, Carles Pi i Sunyer contaría en sus memorias:

Presidí Martínez Barrio darrere d'una taula coberta amb la bandera republicana. El Cap de Govern pronuncià el discurs, en el qual posava tres condicions per arribar a una pau immediata: la garantia

de la independència d'Espanya, el dret del poble a escollir el seu govern i que no hi hauria persecucions. Però quan ho deia les tropes enemigues ja havien pres Vic i estaven a prop de Girona. El discurs, més que una possible eficàcia present, era una apel·lació al futur. La sessió de les Corts en el Castell de Figueres semblava un quadre d'història, un quadre ombrívol com tan sovint ho són els de la història d'Espanya.¹⁸

Diego Martínez Barrio presidió una sesión que no dudó en calificar de histórica, no sólo dentro de la historia de la República que, como todo régimen político, es una cosa accesoria en la vida ininterrumpida de un pueblo; será histórica en la vida de España.¹⁹

Y, como recordaría años más tarde Pi i Sunyer, el doctor Negrín hilvanó un discurso más pensado en el futuro de Europa que en el presente de España y, sobre todo, en el naufragio republicano. De forma casi profética, el presidente del Gobierno republicano avisó a franceses y británicos del peligro nazi; tenía poco más que ofrecer. Se presentó ante los diputados e invitados a la sesión parlamentaria en un estado lamentable:

un individuo extremadamente cansado [...], ojeroso, sudoroso, mucho más delgado que de costumbre, e incluso enfermo y con fiebre.²⁰

El presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, se extendió un poco más:

Pasaba del pesimismo más negro a un estado de ilusión paradisíaca. Yo le he visto caer y levantarse sentimentalmente, sin que en el desmayo del ánimo interviniera ninguna debilidad física...

Sin embargo, el discurso de Negrín «en las catacumbas del castillo de Figueras resonó como un *dei profundis*, aunque el auditorio no percibió la importancia y la gravedad de las afirmaciones».²¹ Después de las intervenciones de los diferentes portavoces de las organizaciones presentes en aquella sesión, se votó una proposición de apoyo al Gobierno y a la actuación de los militares. Y no quedó nada más por

decir o por hacer: La reunión se disolvió, llena de presagios desventurados, en la negrura nocturna del patio del castillo. El triángulo luminoso de los faros de los coches, al maniobrar los vehículos, descubría semblantes abatidos, grupos de hombres sin esperanza. Cada cual pensaba en organizar la defensa de su vida, en ponerse del lado de allá de la frontera. No había nada que hacer en Cataluña. La derrota estaba moralmente consumada». ²²

A unos kilómetros de Figueras, el presidente de la República, don Manuel Azaña, tuvo noticias continuas de la celebración de la sesión parlamentaria, y sus reflexiones no pudieron ser más amargas:

Malamente han vivido durante la Guerra las Cortes de la República. Su conclusión no ha sido más brillante. [...] En esta sesión, como en todas las celebradas durante la guerra, y no obstante ser la situación tan patética y conmovedora, tampoco hubo nadie para hablar con grandeza. Para explicar las causas, los resultados y anunciar los posibles remedios del desastre que estaba a la vista (y en el oído) de todos los presentes. Negrín pronunció un discurso que merecería llamarse gedeónico, si las circunstancias no le diesen el carácter de una bufonada siniestra... ²³

Hacía tiempo que Manuel Azaña había decidido romper con la política —y la persona— de Juan Negrín; y éste tampoco escondía la falta de empatía con el presidente de la República. Lo que habría podido ser solamente un conflicto de personalidades, escondía, sin embargo, una crisis más profunda del conjunto del Estado, la estrategia que debía seguirse, los modos de entender y conducir la guerra, etc. Tenía razón Julián Zugazagoitia cuando afirmaba que la única cosa en la que estaban de acuerdo los dos presidentes era en considerar a los catalanistas de la Generalitat como una molestia y un peligro para los intereses inmediatos del Estado republicano.

* * *

En la «zona nacional», en la parte de «Cataluña recuperada para España», el silencio más absoluto acogió la sesión de las Cortes republicanas. No hubo ningún comentario visible. Las nuevas autoridades estaban más preocupadas por poner los cimientos del Nuevo Estado franquista, publicar consignas y organizar el aparato represivo, que por las vicisitudes de un puñado de políticos que, en las caballerizas del castillo de Sant Ferran, asistían al derrumbe de su proyecto político.

Aparte de las noticias periódicas de nuevas poblaciones ocupadas/liberadas por las tropas franquistas en su progresión hacia el norte, y la captura de prisioneros de guerra, habría que esperar al 7 de febrero para que *La Vanguardia Española* dedicase una página entera a recapitular y hacer balance de la situación. Dos días antes, las autoridades francesas habían abierto oficialmente la frontera para permitir el paso de civiles y militares, y éstos se habían adentrado en territorio francés como un alud incontrollable. Las crónicas empezaban con los dirigentes de la República: «Azaña se encuentra ya en la frontera de Suiza, mientras el resto de los capitostes rojos buscan refugio en Francia». A continuación, se explicaba el cruce de la frontera de «una enorme multitud de fugitivos rojos». El corresponsal de *Il Popolo di Roma*, situado en El Pertús,

describe escenas espantosas de milicianos subidos en camiones que, para ganar antes la frontera, arremetían contra los fugitivos hacinados y se abrían paso de esta forma o a bayonetazos, causando muertos y heridos, incluso entre los niños.

Este mismo corresponsal habría visto:

muchos autos conduciendo a ministros, subsecretarios, diputados a Cortes, miembros de Tribunales revolucionarios, directores de diarios rojos y generales huidos [que] presentan huellas de proyectiles de fusil disparados por los anarquistas de Cataluña, que han despedido de esta forma a sus jefes. En uno de esos coches resultó herido por el

disparo de un miliciano el ex gobernador rojo de Tarragona, Ramón Noguer Comet.²⁴

Y la derecha francesa, igual de antifrente-populista que la española, ¿qué decía ante el derrumbe republicano? Vladimir d'Ormesson, desde las páginas de *Le Figaro*, avisaba:

Una cosa no admitimos: que los dirigentes rojos en fuga ejerzan en ningún punto de nuestro territorio ninguna actividad política. También ellos se encuentran en la situación de internados y deben obrar y ser tratados como tales. Sobre esta cuestión esperamos de nuestro Gobierno que se manifieste categórico e inflexible.

Desde *Le Jour-L'Echo*, de París, también se lanzaban advertencias:

El Gobierno francés no debe tolerar en forma alguna que la actividad política del Gabinete de Negrín se prolongue en nuestro territorio; Francia debía limitarse «a ayudar a los españoles que se encuentran en la desgracia», según *L'Ère Nouvelle*.²⁵

El 8 de febrero, un miércoles, se oía la victoria, el último episodio, el fin de la República en Cataluña. Después de avisar que Olot y Ripoll «han caído en poder de Franco», *La Vanguardia Española* añadía: «La campaña de Cataluña está tocando a su fin. Pronto habrá terminado». La información fluía, y era tan importante que se necesitaban periodistas experimentados para analizarla. Así, por ejemplo, el futuro célebre corresponsal del periódico barcelonés en Londres, Augusto Assía, tuvo el honor de firmar una larga crónica/análisis de la situación. Lo que explicaba iba más allá de las notas de agencia:²⁶

El hecho de que, dejando a sus tropas desbaratadas sobre el campo de batalla, los dirigentes rojos hayan huido a Francia, ha producido enorme impresión en el mundo entero. La Historia no registra un caso de desertión semejante. Mientras los restos del desventurado ejército marxista salían en trizas y, desarticulados, sin dirección ni orden, buscan ansiosamente el burladero de la frontera francesa, Azaña, Companys, Negrín, Álvarez del Vayo, etc.,

se han instalado ya con su cohorte de generalitos, danzantes y troteras, en lujosas villas y hoteles elegantes, todos a la redonda de la dulce Francia.

[...] Entretanto, los periodistas extranjeros han comenzado a registrar el hecho incontestable de que, al huir a Francia, el Gobierno rojo se ha despojado a sí mismo de la última apariencia legal que pudiera conservar aún. Desde anteaer no existe en España más Gobierno que el del Generalísimo Franco ni más autoridad que la de Burgos. Huyendo a Francia, los ministros rojos al mismo tiempo que abandonaban Cataluña, se disolvieron como también el Gobierno de la otra zona roja...

Según unas declaraciones hechas al *Paris Soir* por el propio Álvarez del Vayo, el grueso del ejército rojo atravesará la frontera dentro de las cuarenta y ocho horas próximas. Desde ayer están ya pasando incesantemente camiones cargados de artillería y municiones, calculándose en más de quinientos los que han ganado tierra francesa, y siendo esperados otros mil hoy. De todo este material, así como de una caravana también de camiones, transportando oro y plata, se ha hecho cargo el Gobierno francés. Sería absurdo preguntarse siquiera el destino que aquél le aguarda, el cual no puede ser otro que la entrega inmediata del mismo a los representantes del Generalísimo.

El texto de Assía continuaba con una descripción clara y contundente de la manera en que podrían recuperarse, hasta un nivel aceptable, las relaciones entre España y Francia: «La devolución de cuantas obras de arte, joyas y material de guerra han sacado los marxistas de España, así como la devolución del oro depositado en el Banco de Francia...».

Al día siguiente, Carmelo Marín, cronista del periódico, pudo acercarse a Figueras:

Desde lejos contemplamos la línea roja del sector de Figueras; la población ha sido obligada a evacuar y parece que, respondiendo a la última consigna de Negrín, han incendiado la importante ciudad del Ampurdán alto. Una densa cortina de humo impide percibir la silueta del castillo de San Fernando que, como centinela permanente,

se levanta en un extremo de Figueras. En ascuas la fortaleza, convertida por los marxistas en prisión de españoles, pone bien de manifiesto a los ojos de Francia adónde llegará también el rastro incendiario, la perversión destructora de los rojos y la cobardía e impotencia bélica». ²⁷ Cerca de la frontera, en La Junquera, ya no se encuentran más que milicianos que se dirigen hacia ella, en una marcha lenta y fatigada. Se ven también unos pocos grupos, de aspecto lamentable, de mujeres y niños que avanzan trabajosamente hacia la frontera también. Los grandes contingentes de fugitivos de los horrores a que los rojos han sometido la comarca del Ampurdán, han pasado ya a Francia. La zona española lindante con la frontera es un desierto, en el fondo del cual se ven las altas columnas de humo de los incendios, y a los lejos se oye el estampido de unos cañonazos intermitentes, señal de que la lucha ya es nula, y de que el avance de las tropas nacionales no encuentra obstáculo alguno.

* * *

Nadie lo había informado en Barcelona; sólo, escondida entre líneas, había alguna alusión al hecho: el 5 de febrero, pocas horas antes de la caída de Figueres, las principales autoridades de la República habían abandonado Cataluña y,

por el monte, habían cruzado la frontera para empezar el que sería exilio definitivo para todas ellas: Manuel Azaña, Diego Martínez Barrio, Juan Negrín —aunque volvería a España durante las últimas jornadas de la guerra—, Lluís Companys, José Antonio de Aguirre, etc. El día anterior, la aviación enemiga había bombardeado la zona de La Vajol i Agullana, donde se hallaban desperdigados los restos institucionales de la República. Juan Negrín y los ministros que lo acompañaban se habían salvado guareciéndose en un «bosquecillo colindante, refugio arbóreo de mayor seguridad que la casa donde deliberaban». ²⁸ Para el presidente de las Cortes y Manuel Azaña, ésta era la señal de que debían abandonar la zona lo más rápidamente posible. No había aviación republicana para protegerlos y, por lo que parecía, los servicios de información franquistas les tenían perfectamente localizados.

El presidente Azaña pidió a Martínez Barrio que citase al doctor Negrín para hablar de la evacuación. Éste, acompañado de Julio Álvarez del Vayo, se presentó en la residencia del presidente Azaña a las seis de la tarde. En un escena ya muy conocida, ²⁹ ambos políticos protagonizaron el último de los grandes enfrentamientos



tos personales que habían marcado su relación durante la guerra. El doctor Negrín comentó que traía el mandato del Gobierno para preparar la salida de don Manuel Azaña, acompañarle hasta la embajada republicana en París y, desde allí, una vez preparado el viaje, trasladarle a Madrid. Azaña no dudó ni un instante: saldría de Cataluña cuando el Gobierno lo indicase, pero de ninguna manera pensaba ir a Madrid. Empezó una discusión, que sólo Martínez Barrio, que actuaba de mediador, pudo cerrar con un débil compromiso: el presidente Azaña aceptaba instalarse en la embajada, pero no pensaba regresar a territorio español. Para él, la guerra había terminado. Y continuaría contando Diego Martínez Barrio:³⁰

Antes de separarnos, fijó Negrín el plan de marcha. Acompañarían al presidente de la República, además de los miembros de la casa militar que permanecían a su lado [...], y de los funcionarios particulares o civiles [...], un ministro, don José Giral, yo y el personal de mi secretaría, y él mismo, Negrín, que tras dejarnos en Francia, regresaría a la zona catalana. Álvarez del Vayo saldría inmediatamente para el país vecino con objeto de anunciar a la prefectura de Perpiñán la entrada del presidente Azaña y su séquito en territorio francés.

Pregunté, entonces, si se avisaría al presidente de la Generalidad de Cataluña. Negrín contestó que de momento no. Él lo haría cuando nosotros estuviéramos en Francia y la difusión de la noticia no fuera origen de confusiones o disturbios. Hora de salida, las seis de la mañana, tiempo de guerra...

El presidente de las Cortes consideró una descortesía no avisar a los responsables del Gobierno catalán. Sin consultar con nadie, mandó aviso al presidente Companys y le contó los preparativos para la salida del día siguiente: habría dos expediciones, por motivos de seguridad. La de las autoridades republicanas, incluyendo a las catalanas, saldría a las ocho de la mañana: Verdad a medias, pues si no quise dejar a Companys, entregado a una suerte que podía ser azarosa, tampoco me atreví a contrariar

totalmente la resolución y voluntad de Negrín. Las verdades a medias satisfacen poco, y yo no lo estuve, ni lo estoy, de mi conducta en este caso.³¹

El domingo, 5 de febrero, a la hora prevista –las seis de la madrugada–, don Manuel Azaña, su esposa y su cuñado, Cipriano Rivas Cherif, el ministro José Giral y una escolta de seguridad emprendieron la marcha. La primera parte de la ruta se hizo en coche; sin embargo, la segunda parte del camino se hizo a pie, cruzando el bosque, hasta el pueblecito de Les Illes, ya en el lado francés. Al llegar, un grupo de refugiados y los acompañantes del presidente Azaña lanzaron un último: «¡Viva España! ¡Viva la República!». El presidente Negrín se despidió de la esposa de Manuel Azaña y, dirigiéndose a éste, le soltó un «Hasta pronto, en Madrid», como la cosa más natural del mundo. Dio media vuelta y regresó por el camino del bosque.

Mientras descendía hacia La Vajol, el doctor Negrín se cruzó con el grupo del presidente Companys y el lehendakari Aguirre, que había salido un poco más tarde. Carles Pi i Sunyer recordaría que Negrín:

amb nosaltres estigué, si no arribant a cordial, sí amistós. Ens acomiadarem expressant els mutuels desitjos de bona sort en les hores incertes que teniem al davant.³²

Al llegar a La Vajol, el presidente del Gobierno republicano se reunió con sus fieles y les contó las escenas vividas en la frontera:

¡El pobre Azaña es bien digno de lástima! Tiene una encarnadura medrosa, propia de su naturaleza. El miedo le descompone como si fuese un cadáver y toma un color amarillo verdoso. Da lástima. Lo que no podía esperarme es que a mi ingreso fuese a tropezar con Aguirre y Companys. Los más sorprendidos han sido, naturalmente, ellos, que han debido sospechar que yo abandonaba el territorio nacional sin notificarles mi decisión. El juego de palabras ha sido precioso. Se han ofrecido a regresar conmigo, pero me he negado. Ausentes de Cataluña, tengo una preocupación menos.³³

Valía la pena consignar las diferentes versiones de este episodio —a pesar de ser muy conocido—, porque constituyen una síntesis extraordinaria y exacta de la situación que vivió la élite política republicana en pleno derrumbe del sistema. Con toda la razón podía afirmar Julián Zugazagoitia que Negrín y Azaña «se desprecian mutuamente». Pero el desprecio iba más allá de los sentimientos personales y afectaba la misma esfera pública, institucional. Recordada la escena décadas más tarde, la sensación de hundimiento del «último baluarte de la República» se agudiza; catástrofe, derrumbe, caída; cualquier palabra sirve para describir lo ocurrido en aquellas jornadas de febrero de 1939.

* * *

Pero, aunque los dirigentes «rojos» y «separatistas» ya hubiesen pasado a Francia, aún quedaban unos últimos episodios por narrar. Fernando Ors, reportero que trabajó durante unas jornadas para *La Vanguardia Española*, tuvo el privilegio de firmar las crónicas de la llegada a la frontera. Con buen criterio, el dúo Manuel Aznar-Josep Pla, que dirigían el periódico del conde de Godó en aquellos días (y, seguramente, acatando las consignas oficiales correspondientes), entendió que el foco de interés informativo se centraba en la zona de frontera. Las noticias, en la aproximación a la frontera, no solamente serían de carácter militar, sino que tendrían una trascendencia simbólica y política de primer orden. Las «provincias irredentas», la «guarida separatista» catalana estaba a punto de caer en manos de los buenos españoles; y a la victoria militar se le uniría la victoria política, porque una parte de los motivos que habían alimentado la guerra hacía referencia a la necesidad de forzar el regreso de Cataluña a España. Y dicha operación, que tenía mucho de metáfora quirúrgica, sólo alcanzaría la cima con la extirpación del tumor separatista y la sanación del órgano dañado por dicho tumor.

En la primera de sus crónicas,³⁴ Fernando Ors explicaba el avance de las tropas franquistas

desde la costa del Maresme hasta Girona. El núcleo central de la narración estaba en la «recogida» constante de prisioneros de guerra, contingentes de soldados republicanos que, por norma general, esperaban la llegada de las tropas franquistas para entregarse. Ors incluía el dramático relato de uno de esos prisioneros:

Llevamos dos noches sin dormir y tres días sin comer ni descansar. Nos separamos de los batallones rojos que se agolpan en la frontera y disputan y se hacen fuego entre sí para ser los primeros en buscar refugio en donde ya no se les puede obligar a combatir. Hay más de cuarenta mil vehículos cargados hasta los topes que por ser de elementos dirigentes pugnan por el derecho de preferencia para salvar sus equipajes, que muchos fueron desvalijados por los enfurecidos que suponen lo que encierran. Aunque nos dicen que no nos preocupemos, porque la CNT consiguió situar en los Bancos de Francia más de cuatrocientos millones de francos,³⁵ con cuya suma nos podrán ayudar hasta que encontremos trabajo, nadie les cree...

En la segunda crónica de Ors,³⁶ que cubre el avance de las tropas franquistas desde Girona hacia la frontera, hay un fragmento especialmente relevante, en el que se despliega un argumento que, en los días y meses a seguir, iría reapareciendo en los discursos franquistas, ya fuesen políticos o periodísticos. En el momento en que la campaña de Cataluña estaba a punto de terminar, Fernando Ors recordaba que, a pesar de todo, aquella pandilla de desgraciados que se amontonaban en las carreteras también estaba integrada por españoles:

Nuestras escuadrillas, manteniéndose siempre en plena zona de nuestro dominio, fiscalizan la evacuación impuesta a los que fueron abandonados sin víveres ni armas. La benevolencia del Caudillo es ahora más grande y comprensiva que nunca. Si quisiéramos, ese bullir inmenso que roba, asesina e incendia, que huye sin defensa alguna, podría ser aplastado y deshecho. Pero nosotros pensamos que son españoles, que millares de ellos no quisieron dejar de serlo, y no se quiere castigar a los que sueñan con volver a recobrar en la España

¡que ya es de ellos!, por lo que sueñan y sufren el calvario que no hemos dejado de comprenderlo.

La victoria estaba al alcance de la mano; la caída definitiva de Cataluña y el derrumbe de la República se erigían en el horizonte cercano. Todavía no era oficial, pero aquel 9 de febrero, «cuando cierro esta crónica me entero de la conquista de Figueras. A muy pocos kilómetros, los Pirineos volverán a ser la frontera de la única España existente, política y geográficamente. Y a ver si ahora comprenden los tardos de comprensión que solamente puede ser Franco y su Gobierno quien la represente».³⁷

El viernes, 10 de febrero, las tropas de la Quinta División Navarra llegaron a La Jonquera; por detrás, la Cuarta División se acercaba a Portbou (en paralelo, otras tropas llegaban a Puigcerdà).³⁸ Con la excepción de la llamada «bolsa del Coll d'Ares», que se cerraría el día 13, podía decirse que la campaña de Cataluña había terminado de la manera prevista: con un triunfo total y absoluto, incontestable, de las tropas franquistas, que habían barrido hasta el último vestigio de la República.³⁹

El cronista Fernando Ors fue el encargado de narrar, para los lectores de *La Vanguardia Española*, el último episodio de la guerra en territorio catalán. Instalado en uno de los vehículos del Estado Mayor de la Quinta División Navarra, dirigida por el general Solchaga, Ors hizo la ruta entre Figueras y La Jonquera y describió, con todo lujo de detalles, su aventura en una extensa crónica que debería servir para cerrar el penúltimo gran capítulo de la guerra y de la destrucción de la Segunda República española.

La carretera que encontró Ors —al menos ésta es su versión— era una extensa zona de desperdicios de todo tipo. Por todos los rincones se amontonaban coches, camiones, carros, armas de todo tipo, maletas, paquetes, objetos personales, etc. Todo estaba tirado por la carretera y los alrededores, hasta el punto de ralentizar la

marcha de las tropas, que debían sortear todo tipo de obstáculos. Había tal cantidad de armas abandonadas, contaba el periodista, que no podía entenderse cómo la República había perdido la guerra. Ors casi no se lo creía:

Este espectáculo no guarda relación con ninguno de los muchos desastres experimentados por las fuerzas rojas. El fantástico botín que los marxistas trasladaban a Francia en millares de vehículos, ha quedado íntegro en nuestro poder, y no me atrevo a calcular su coste en centenares de millones, porque temo no dar una cifra aproximada a la realidad que esta recuperación representa.

Pero, ¿qué valor tenían las imágenes de coches y camiones, «cereales esparcidos, sacos de legumbres», etc., comparados con las escenas que se desarrollaban en la frontera?:

Nuestra bandera luce en lo alto de un poste de telégrafos. Un oficial de la Quinta División Navarra trepó hasta aquel mástil improvisado, y sus ojos se humedecieron cuando entre vivas frenéticos a España, al Generalísimo y a la Quinta División Navarra, al invencible Ejército Español, a la Falange, a los Requetés, con sus himnos trasladados por las bandas de música a las mismas calles francesas, en el Perthus, triunfaban nuestros colores, la sangre de nuestra sangre, lo que más queremos, que una emoción muy honda y muy sentida no encuentra conceptos para que plasmen el sentimiento que sólo caben en el corazón y en el alma.

Después tocarían los saludos con los militares franceses, los discursos de los oficiales españoles, entre los que destacó, por su elocuencia, el del general Juan Bautista Sánchez, quien se dejó llevar por el entusiasmo del momento: «Bandera inmortal que forjó un imperio en el que no se ponía el sol y que jamás se eclipsó porque si el material nos lo arrebataron, mantuvo el Imperio espiritual que sostuvo nuestra lengua, nuestra religión y nuestra fe y que no pudieron apagar. Hoy, al levantar nuestra bandera en ese balcón del mundo cimentamos otra vez el Imperio moral y físico que representa y es España»...

Después de tanta bandera inmortal e imperios espirituales, se procedió a cerrar y sellar la

frontera; toda la zona cercana a Francia quedaba bajo el control de los militares.

La emoción del momento histórico, el hecho de ser consciente de la trascendencia de aquel episodio que significaba el fin de la guerra en Cataluña, no hizo olvidar a Fernando Ors que, en aquel escenario memorable, había unos espectadores excepcionales:

A quinientos metros de nosotros, refugiados en el amparo francés, se encuentran Negrín, Álvarez del Vayo y Rojo, que a las doce menos veinte de la mañana abandonaban el territorio español a la vista de nuestras tropas que casi les dieron alcance. Anoche durmieron todavía en el que hoy es Cuartel General de la Quinta División Navarra. Nuestros vivas y nuestras canciones llegan hasta ellos. Y cuando los periodistas franceses nos acusan su presencia tan próxima y las autoridades vecinas lo confirman, el enardecimiento de nuestros soldados crece más todavía.

Un poco más lejos, los milicianos prisioneros de hoy, varios millares, se levantan respetuosos al paso del general [Solchaga] y extienden el brazo. Muchos no pueden ocultar sus lágrimas.

Lejos ya, oímos aun los cantos de nuestros soldados: «La Quinta División Navarra es grande», dice el general Solchaga.

—«Es de España, mi General, como ella...».

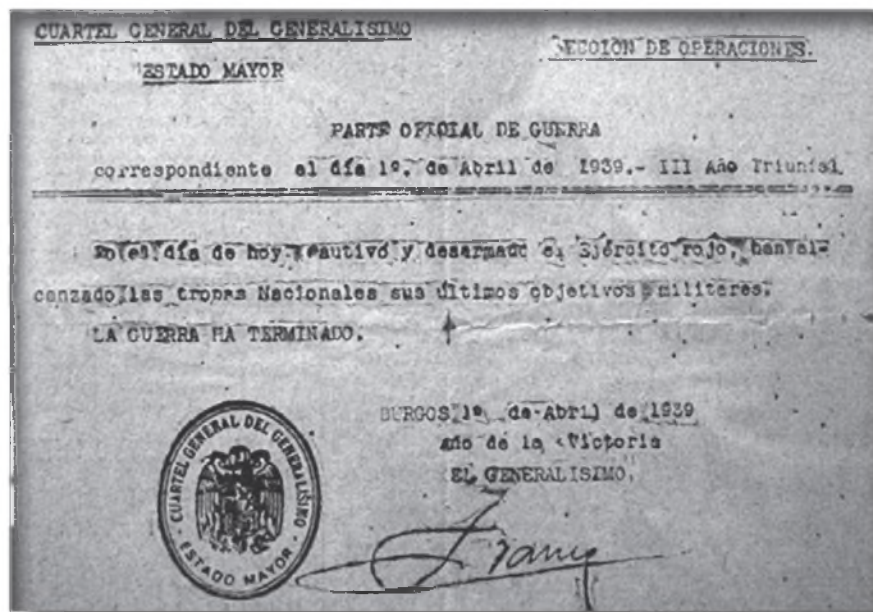
Ahora sí, ahora ya se había consumado el derrumbe. Aún quedaba el Levante y la zona Centro, pero era el último trámite, cuestión de días y un poco más de paciencia. La Segunda República había sido vencida, humillada, liquidada, hundida, en Cataluña. Valencia, Cartagena, Madrid..., serían las guindas de una victoria incontestable. Y así nos sería recordado durante cerca de cuarenta años.

NOTAS

- ¹ Sobre la huida del «Gobierno rojo», *La Vanguardia Española*, 28 enero 1939.
- ² Citado por Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín*, Barcelona, Península, 2006, p. 416.
- ³ Antoni Rovira i Virgili, *Els darrers dies de la Catalunya republicana*, Barcelona, Proa, 1999, p. 85 y ss.
- ⁴ Carles Pi i Sunyer, *La guerra, 1936-1939. Memòries*,

Barcelona, Pòrtic, 1986, p. 202.

- ⁵ Josep M. Solé Sabaté i Joan Villarroja, *La repressió a la rereguarda republicana*, vol. I, Barcelona, 1990, pp. 328-329.
- ⁶ La lectura de *La Vanguardia Española* es tan significativa e ilustrativa como la de quien quería ser el principal competidor del periódico burgués-conservador por excelencia del país, la *Solidaridad Nacional* de los falangistas triunfantes. Pero, a pesar de las ganas y los recursos que se pusieron a su disposición, *Solidaridad Nacional* no pudo competir nunca con la solidez, tradición, medios, capacidad de difusión e influencia de *La Vanguardia Española*, estuviese dirigida por el dúo Manuel Aznar-Josep Pla o por el histriónico Luis de Galinsoga. Un poco más lejos, los carlistas habían puesto en marcha otra vez el veterano *El Correo Catalán*, pero tampoco eran competencia para el periódico del conde de Godó.
- ⁷ «La pequeña zona roja» es el nombre que recibió el Alt Empordà la primera semana de febrero de 1939 y en los estertores de la República en Cataluña. Evidentemente, dejó de estar vigente el 10 de febrero, cuando las tropas franquistas llegaron a La Jonquera.
- ⁸ Firmado por X.X., éste es uno de los artículos de reflexión (es un decir) más importantes de los primeros días de la reparación de *La Vanguardia Española*. Adelantándose, en cierta manera, al clásico «La falsa ruta», de Fernando Valls Taberner, el autor del artículo se expresaba en los siguientes términos: «Nosotros creemos que el pueblo catalán está hoy muy curado de criminales ilusiones, de pedanterías insoportables, de personajes que se llamaban honorables y han resultado unos simples criminales, de humanitarismos fáciles que chorrean sangre, de fantasías aparentemente inocuas y de efectos catastróficos, imponentes, mortales. El pueblo catalán se encuentra hoy depauperado, escuálido y arruinado. Tiene ante sí la labor inmensa de rehacerse a sí mismo, de elevar su tono, para rehacer y elevar el tono de España. Ha de emprender esta labor con el mayor entusiasmo, porque el motor de la memoria de lo que ha sufrido y de las vejaciones de que ha sido objeto, le infundirán fuerzas y entusiasmos redoblados. El pueblo catalán ha de jurarse a sí mismo no olvidar jamás los nombres de sus falsos pastores, los efectos de las doctrinas que se le han infundido y le han resquebrajado, los tremendos sufrimientos morales y materiales que con sádica perversidad se han proyectado sobre este pueblo noble y desgraciado».
- ⁹ «La trágica caravana de los que huyen», *La Vanguardia Española*, 30 enero 1939.
- ¹⁰ Con esta noticia, *La Vanguardia Española* cerraba el círculo informativo acerca de la peculiar situación política y social que vivió la Cerdanya durante la guerra, bajo el control anarquista de «El Cojo de Málaga» (véase Joan Pous i Porta y Josep M. Solé i Sabaté, *Anarquía i*



República a la Cerdanya, 1936-1939. El «Cojo de Málaga» i els fets de Bellver, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988).

- ¹¹ «Un periódico alemán expone el verdadero carácter de los fugitivos», *La Vanguardia Española*, 31 enero 1939.
- ¹² Los habitantes de Barcelona estaban tan convencidos y seguros de la victoria franquista que, afirmaba el cronista Carmelo Marín, «es muy exigua la población que ha seguido en su huida al gobierno derrotado de Negrín. Ni siquiera son dignos de considerar numéricamente los efectivos marxistas que al replegarse, llenos de pánico, en sumo desconcierto, salieron de Barcelona hacia el frente rojo del norte de Cataluña».
- ¹³ Carles Pi i Sunyer, *La guerra...*, p. 234.
- ¹⁴ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2007, p. 525.
- ¹⁵ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 527.
- ¹⁶ Carles Pi i Sunyer, *La guerra...*, p. 234.
- ¹⁷ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp. 531-533.
- ¹⁸ Carles Pi i Sunyer, *La guerra...*, p. 235.
- ¹⁹ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 392.
- ²⁰ Enrique Moradiellos, *Negrín*, p. 420.
- ²¹ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 393 y 397.
- ²² Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 535.
- ²³ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, vol. II, Barcelona, Crítica, 1981, p. 437.
- ²⁴ «Detalles sobre el trágico éxodo a Francia del Ejército rojo», *La Vanguardia Española*, 7 febrero 1939.
- ²⁵ «La Prensa francesa comenta la huida definitiva de los dirigentes rojos de Cataluña», *La Vanguardia Española*, 7 febrero 1939.
- ²⁶ Augusto Assía, «El Gobierno rojo ha quedado disuelto al entrar en Francia», *La Vanguardia Española*, 8 febrero 1939.
- ²⁷ Carmelo Marín, «Una visión del frente que termina. La resistencia roja en Cataluña, ha entrado en período agónico. La conquista de la ciudad fronteriza», *La Vanguardia Española*, 9 febrero 1939.
- ²⁸ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, p. 401.
- ²⁹ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 402-404; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp. 543-544.
- ³⁰ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, p. 404.
- ³¹ Diego Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 404-405.
- ³² Carles Pi i Sunyer, *La guerra...*, p. 243.
- ³³ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 544.
- ³⁴ «Al paso de la guerra. El espectáculo en la frontera francesa ofrece caracteres de un atroz dramatismo», *La Vanguardia Española*, 9 febrero 1939.
- ³⁵ En cursiva en el original.
- ³⁶ «Crónica de guerra. Las últimas jornadas de la liberación de Cataluña. Tres banderas unidas para tapar el Sol y que se vea lo grande que es España», *La Vanguardia Española*, 9 febrero 1939.
- ³⁷ Carmelo Marín, «Una visión del frente que termina. La resistencia roja en Cataluña ha entrado en período agónico. La conquista de la ciudad fronteriza», *La Vanguardia Española*, 9 febrero 1939.
- ³⁸ Josep Pernau, *Diari de la caiguda de Catalunya*, Barcelona, Ed. B, 1989, pp. 283-284.
- ³⁹ Fernando Ors, «En la hora jubilosa del triunfo. A 500 metros de los culpables vencidos, en la frontera de Francia, se hizo ondear ayer, alta y enhiesta, la bandera de España», *La Vanguardia Española*, 10 febrero 1939.